



mendas fueron realizadas por medio de las minas. Viene a mí todavía la imagen espantosa de aquel Gobierno civil, con sus muros deshechos, sus barrotes y vigas retorcidos por la fuerza de los grandes explosivos. En aquel montón de ruinas flotaban alientos de muerte y dolor. Cascos de soldados, tricornios de guardias civiles, gorros milicianos, negros pañuelos —como aquellos que usaban las mozelas de ojos vivos, alegres, en las fiestas patronales—, todo confundido en el suelo de escombros: amigos y enemigos, las minas, al estallar, sepultaron a unos y a otros.

Cuando pisábamos Teruel aun resonaban, con respiración intermitente de asmático, las ametralladoras enemigas. Grupos de insensatos habíanse refugiado en las bellas torres mudéjares. Desde allí batían los caminos, por los que, arma al brazo, llegaban los infantes nuestros. Ante la agresión cobarde, nuestros fusiles permanecían callados. ¿Por qué? Ni uno

*Cañón encontrado entre las ruinas del Seminario.*

*El acueducto de Teruel, volado.*  
(Fotos Marqués Santa María del Villar.)

capital había alcanzado casi el límite de su proyección urbana. Partida en dos por el magnífico Viaducto, iniciábase la incorporación de los barrios nuevos, constituídos por edificios de facha moderna, frente a la estampa centenaria de los muros y de las casucas agrupadas en un orden musulmán de laberintos, todo ello presidido por la graciosa silueta de las torres de San Pedro y San Martín. Durante el asedio rojo, desde aquella madrugada oscura de diciembre, la defensa de la ciudad hubo de reducirse al casco de la parte vieja. Y el enemigo, que emplazó sus baterías en el sector opuesto, tras corta y heroica resistencia de las guarniciones españolas, cañoneó ferozmente los reductos, donde se entremezclaba la gente de tropa con la población civil.

Los primeros días de ofensiva enemiga llovieron sobre Teruel miles de proyectiles de todos los calibres, tanto de la artillería como de la aviación. Pero las destrucciones más tre-

